

JUEVES CINEMATOGRAFICOS
DE El Dia Gráfico Numº 137 ~ 31 Octubre 1929

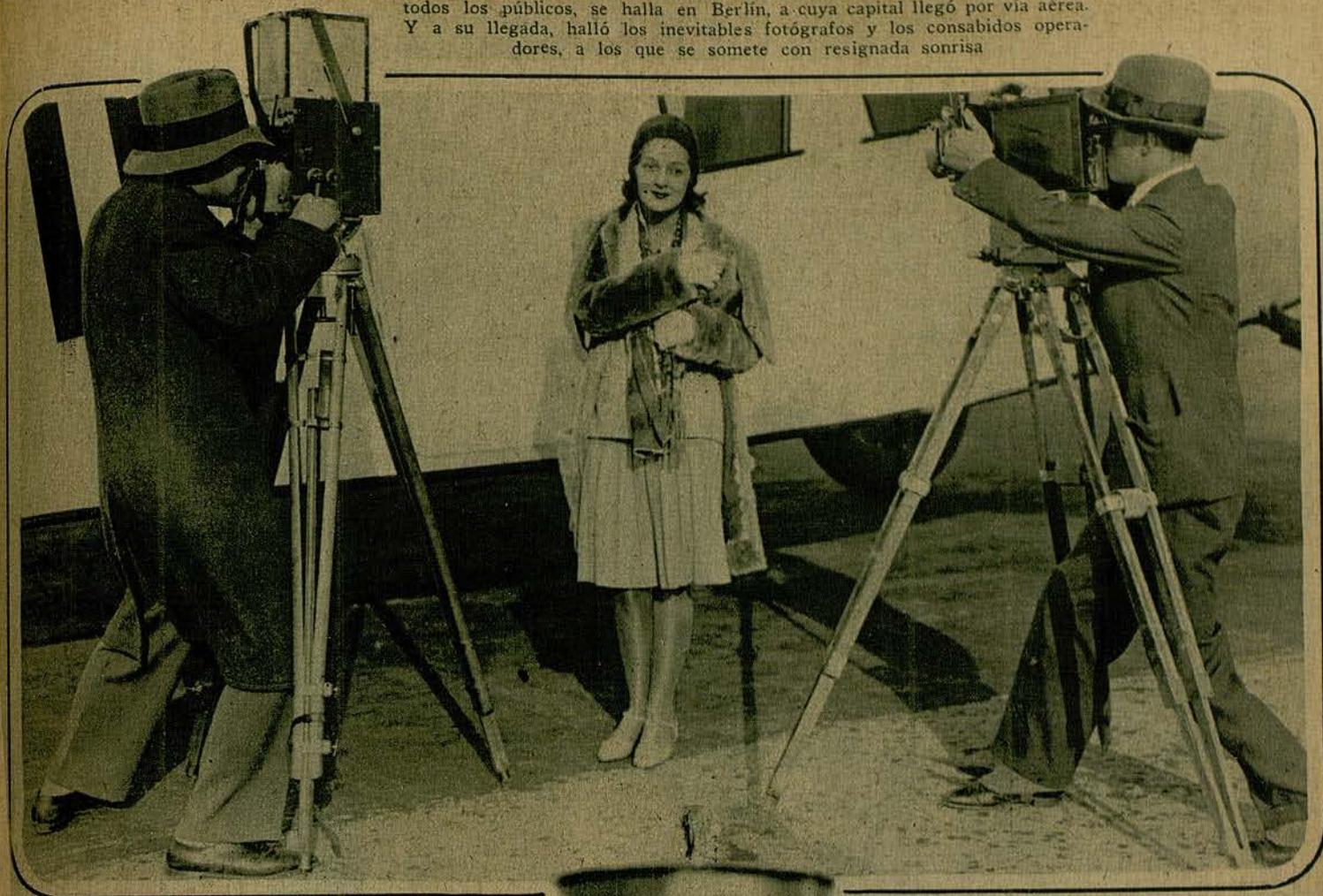


El as entre los ases, el más genial actor de la pantalla, Emil Jannings, nos ofrece otra muestra de su arte incomparable, en la película Paramount "El Patriota", en la que obtiene un éxito grandioso



Vemos en la fotografía, sonrientes y satisfechas, a dos simpáticas personalidades. Es él, Marcelo Ventura, el hombre de las bellas iniciativas, el que nos ha permitido conocer el admirable "Barcelona Trailer". Es ella, la bellísima Clara Bow, gentil estrella de la Paramount, que cuenta por triunfos sus interpretaciones

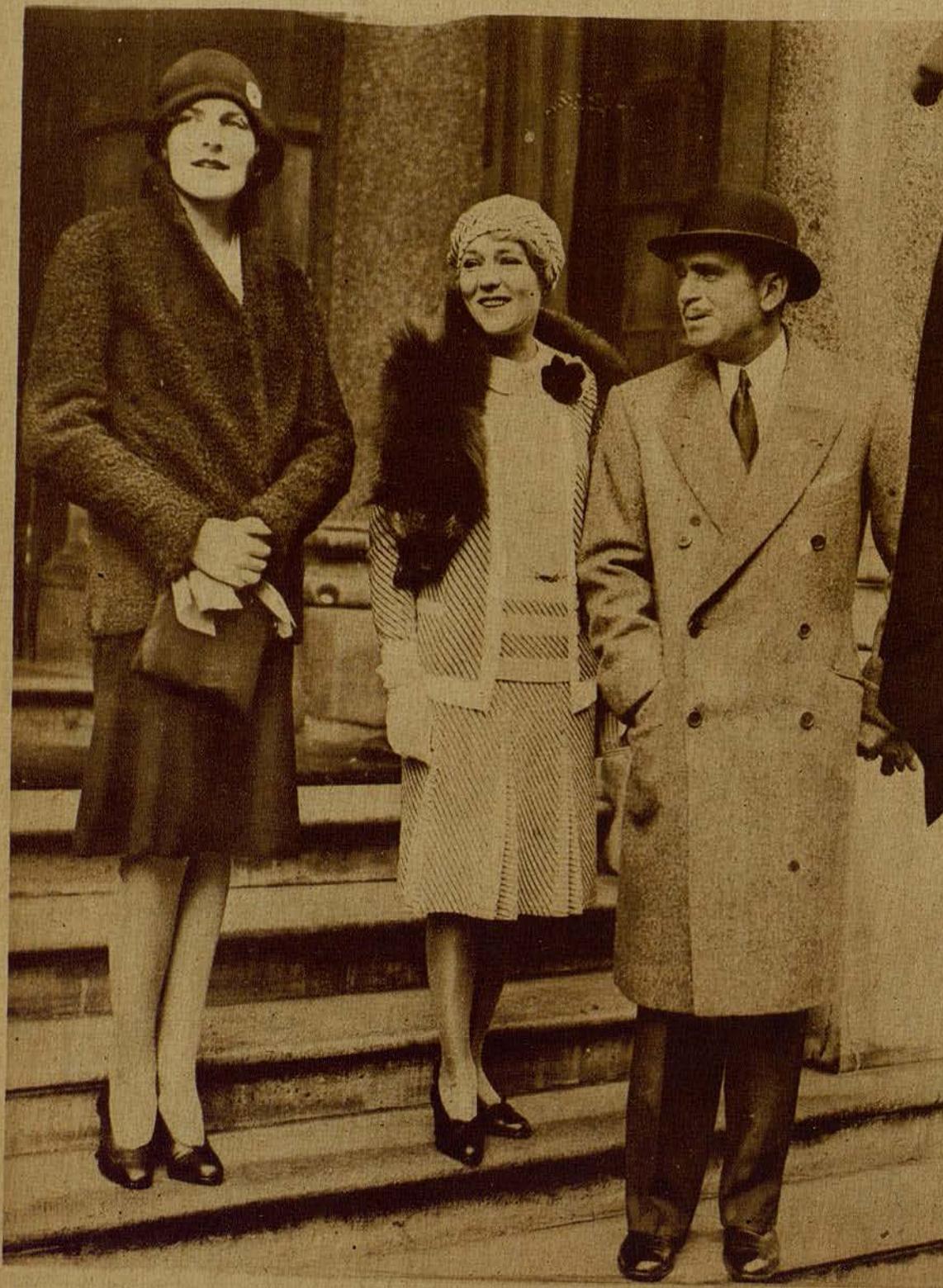
Lya de Putti, la bella artista, cuyas creaciones han sido celebradas por todos los públicos, se halla en Berlín, a cuya capital llegó por vía aérea. Y a su llegada, halló los inevitables fotógrafos y los consabidos operadores, a los que se somete con resignada sonrisa



La conocida actriz Irene Bordoni, ha ingresado en las huestes del cine. Una estrella más que surge en el firmamento de la pantalla. La fotografía nos la muestra contemplando su propia caricatura

Douglas Fairbanks, el formidable actor, y su mujercita, la gentil Mary Pickford, han llegado a Londres. La fotografía nos muestra al feliz matrimonio, con la señorita Monntbatten, disponiéndose a dar un paseo por la gran capital

De moaré negro es este lindo vestido que luce Kay Johnson, la bella estrella. Es de estilo que acentúa la armonía del talle y lo adornan draperías rectos en los costados, y partiendo del extremo del escote, en la espalda. Una bella obra "modisteril" interpretada por Kay Johnson



ecos y noticias

do estudio de los requisitos indispensables que exige actualmente la evolución cinematográfica y después de una escrupulosa selección de temas y argumentos completamente nuevos y variados, la Casa Pathé ha terminado su programa especial para el año de 1930. Muchos empresarios y exhibidores de diferentes países, que han venido a renovar sus contratos, nos han visitado y de todos ellos hemos recibido calurosas felicitaciones. Pathé se siente orgullosa de ver el entusiasmo y regocijo con que nuestro asombroso programa ha sido recibido y ofrece su más decidida cooperación a todos los empresarios de habla española. Sigue, pues, Pathé en primera fila dando lo más variado, lo más selecto y lo mejor que el cine puede producir. En el próximo número de «La Voz del Gallo», daremos a conocer con lujo de detalles la exquisitez de nuestro programa, en el cual destacan por su personalidad artística, actores como el famoso William Boyd, quien representa el prototipo de la juventud americana y Eddie Quillen, a quien cariñosamente se le ha llamado «Chatillo».

Entre las actrices está Ina Claire, reconocida en Broadway como la quinta esencia de la mujer «chic»; Ann Harding, proclamada una de las grandes trágicas del teatro americano, y otras no menos interesantes y representativas, como Carol Lombard, Jeanette y Loff y Constance Bennett.

Una prueba evidente del tacto y del esmero de la Casa Pathé para seleccionar los artistas que han de trabajar en nuestras producciones, es la necesidad en que frecuentemente se ven otras Casas productoras de solicitar nuestros artistas.

La Metro Goldwyn Mayer, primero, nos suplicó que le cediésemos a Ann Harding, conocida no sólo por su gran talento artístico, sino también por ser una de las mujeres que mejor viste en Nueva York y Hollywood, para que trabajase en una de las producciones de esa firma.

Luego la Casa Tiffany-Sthal nos pidió a Frank Reicher y ahora la Paramount nos pide a Stanley Smith, quien a pesar de haber aparecido una sola vez en el lienzo cinematográfico trabajando en una de nuestras superproducciones, está destinado por su personalidad en la pantalla y por su gran talento a ser una de las primeras estrellas del cine. Si volvemos nuestras miradas al pasado observaremos que casi todas las estrellas del cinematógrafo se han formado bajo el ojo avizor de la Casa Pathé y aún todavía, en el presente, seguimos dando las personalidades que el cine necesita.

El editor de «La Voz del Gallo» publicará de ahora en adelante una corta biografía de los artistas que apa-

recen en nuestro programa de 1930, seguro de que todos los amantes del cine gustarán de conocer la vida íntima de sus artistas preferidos.

Desde que empezaron los preparativos para la impresión de este grandioso film, cuantos los presenciaron comprendieron que la marca Ufa disponíase a la edición de una de esas grandes producciones que llegan a causar la admiración del mundo. Terminada la cinta, el éxito que obtuvo en su primera proyección ha ido sucediéndose y de todas partes han llegado a nosotros los ecos de su triunfo, pues la crítica de todos los países no se ha recatado en decir que «Asfalto» es el mayor alarde técnico que se conoce, teniendo, además, un argumento de una realidad asombrosa, puesto que pone ante nuestros ojos la vida activa de la época actual.

También nuestro público podrá admirar esta maravilla del arte mudo, puesto que su estreno está anunciado para dentro de breves días en los elegantes salones Capitol y Lido Cine, donde es de esperar consiga un nuevo y definitivo triunfo.

Ultimamente un periódico parisién ha hecho una encuesta sumamente curiosa. Se trata de que sus lectores digan en qué papel preferirían ver a Maurice Chevalier y en qué role lo imaginan mejor. Naturalmente, las contestaciones han sido variadísimas, y, cosa extraña, todos los lectores han presentado a Chevalier como personaje antiguo. Veán aquí los roles en que quisieran verlo:

D'Artagnan, de Flanchet, de Cirano de Bergerac, de Panurgo, de Gil Blas, de Figaro, de Arsenio Lupin, de Lagardere, de Cartouche, de conde de Charny, según la novela de Víctor Hugo.

Como puede verse, nadie ha pensado en asociar la silueta simpática de Maurice en un papel que realmente fuese el suyo, en papel de hombre moderno y de «chansonnier».

Match de croquet con Gina Manes y Charlia

Era en los jardines de Gina Manes. Nuestras únicas armas eran palos para croquet y bolas.

Gina Manes estaba sumamente contenta. Verme jugar al croquet es para ella un bello sujeto de hilaridad continua. Tengo tan poquísima maña en este juego.

Entre dos jugadas aproveché para hablarla de cine.

—¿Ya sabe usted que estoy preparando y casi terminando mi nuevo film «El Tiburón»? Alberto Prejean y yo cantaremos en esta película, que será medio sonora.

—No..., todavía no he alcanzado ningún role de ingénuo. ¡Pero hombre de Dios!, ¿me ve usted a mí de ingénuo?...

Gina Manes se vuelve hacia mí con una sonrisa perdida, absolutamente de cine, entorna sus ojos y la mujer fatal surge en un instante.

Después de una carcajada al contemplar mi cara asombrada, repetimos de nuevo las jugadas. Entonces me voy hacia su marido, Charlia, que, sin trampas, está espléndido en todos los juegos que hace.

—Decididamente tendríamos que ocupar nuestros ocios haciendo cine.

—¿Está usted encantado de su trabajo?

—Esa es la palabra encantada. Louise Brooks, con la cual estoy trababajando en la actualidad, es una mujer muy inteligente y simpática.

En esto Gina está ya a nuestro lado.

—En serio—me dice sonriendo—, pienso hacer cine aquí en casa; vamos a filmar el jardín, el bar americano, la biblioteca. ¡Hay que distraer nuestras horas muertas!

Realmente, no creo disparatada la idea de hacer pequeños films sobre la intimidad de la vedette de «Barrio Latino», de «S. O. S.», de «El Tiburón» y de «Noches de príncipe», y con seguridad que tendrían éxito.

¡Quién sabe! Nada más probable que el año próximo la linda casa de Gina Manes y de Charlia esté transformada en Estudio. Así se lo hago comprender a Gina, que de nuevo suelta una burlesca carcajada. ¡Decididamente creo que se burla de mí!

L. VELZ

Mary Duncan y su expresión

HAY caras de las que no se olvidan. Unos ojos, un estremecimiento de la boca, algo fugitivo y rápido, pero que queda con la persistencia de un sentimiento.

Más que una fisonomía entera, recordamos algunas veces la expresión apenas traducida de la cara que nos interesa. No sabríamos decir cómo expresa la alegría, el dolor, la pasión o la melancolía, pero podríamos contestar, por lo que hemos comprendido, con gestos similares a los suyos y silencios profundos que los acompañan. ¿Quién no ha pensado todo esto ante la fotogenia maravillosa de Mary ry Vamp, fatal y bellísima.

¿Quién no ha realizado todo lo que había de turbador en la mirada sombría de la preciosa americana de Virginia? No se ha podido ver a esta mujer sin guardar el recuerdo de algo malsano e irresistible, de algo infantil a veces, pero con un fondo de candida perversión. ¡Algo fatal, en fin!

No se podría olvidar la mirada pesada de Mary Duncan, tan pesada como sus pestañas son ligeras. No penetra su mirada, oprime... Todo lo que emana de la mujer se enciende en Mary. Es la mujer en toda su monstruosa belleza.

He oído un día comparar Mary a Greta Garbo, la mujer divina... No son siquiera comparables. La una es bella con una fuerza, con una fuerza bella, con una fuerza humana; la otra lo es con una gracia divina sencillamente.

Mary Duncan nació en Richmond (Virginia), el año 1907, y fué educada en la Universidad de Cornell, donde sus padres deseaban que fuera abogada. Pero Mary, que tenía la vocación del teatro, mandó a paseo su carrera y se fué a Nueva York a la escuela de la francesa Ivette Guilbert. Ivette es la que nos ha contado la historia de la pequeña Mary. A ella pregunté todos los detalles de la Mary Vamp, fatal y bellísima.

—Se presentó un día en mi escuela —declara Ivette—, una escuela que había fundado para enseñar a cantar y declamar.

Debo decir, que al principio, entre las cuarenta alumnas de su clase nada le vi de notable. Físicamente era admirable, una alegría y salud que rebosaban en ella, hacían su encanto principal. A pesar del trabajo de la escuela algo duro, la pequeña Mary guardaba enteramente su buen humor.

Al curso de improvisación empezó a llamarme la atención. Yo tenía la clase y mis alumnas, además de declamar, tenían que improvisar una escena en la que ellas hablasen.

Mary hizo algo regocijante. La escena de esposa que pide dinero a su marido y éste no quiere darlo.

Fué el delirio entre sus camaradas. Todas las picardías, todas las diplomacias las empleaba en su escena.

Ella misma hacía las contestaciones del marido, secas y negativas. Fué algo sumamente gracioso. Yo empecé entonces a entrever sus excelentes cualidades para el teatro. Y entonces el manager Ditrichstein la tomó bajo su protección. Todos ustedes seben la carrera que ha hecho la pequeña Mary. Vino a verme a París.

Sus mejillas habían perdido su redondez. Era la pequeña Mary, pero delgada, más mujer. Se lo hice notar. Y me contestó:

—Sí, he perdido muchos kilos...; ¡les gusta así!...

Realmente, esto gusta así hoy día; pero creo que Mary estaba muy bien más gorda. De todos modos, creo que Mary merece de sobras sus éxitos... Es, además, un gran corazón.

Dejé a Ivette convencido de que Mary Duncan era tal como yo creía, de carácter franco y alegre.

Pero quizás algún admirador de Mary, enamorado de poesía, tenga alguna decepción al saber que es una muchachita nada complicada, nada salvaje ni peligrosa... ¿Por qué?

Es algo mejor que todo esto. Es una muchacha sana y alegre que vale más todavía... La mujer fatal no es muchas veces más que una pobre..., una tímida niña.

Crítica semanal de películas

TU no mentirás! — Es una historia moral. No es un defecto. Pero no nos interesa mucho, lo cual lo es... y grande.

Lord Admaston está casado con su Marianne, una mujer encantadora y a la que él adora. Esta no se da cuenta de que su mejor amiga, Lady Atwill, procura comprometerla ante su marido, porque ama a éste y quiere separarlo de su esposa. En un viaje que hacen a París, las cosas toman tal cariz, que Marianne, inocente, parece envuelta en las redes del pecado. Lord Admaston pide el divorcio y todo parece acusar a su esposa, cuando una carta anónima y la casualidad descubren que lady Atwill es culpable de todo.

Lili Damita, que es Marianne, está muy bien en este papel.

Los demás, algo mediocres.

* * *

El Pirata. — Una interpretación de una pareja interesante, Ronald Colman y Lili Damita. Rica presentación de una novela de piratas, en la cual Lili Damita juega un papel principalísimo. Está más linda que nunca y siempre buena artista. Ronald Colman ha encontrado papeles más interesantes que éste; pero, de todos modos, lo ha interpretado a la perfección y será un film que gustará mucho.

* * *

Nueva Orleans. — Es un film de la época en que estaban indecisos acerca del film sonoro, y por esto es mitad mudo y mitad sonoro. Escenario poco original, que pone de nuevo en relieve la farsa tan usada de la amistad de dos hombres íntegros destruída por una mujer indigna que se interpone en sus caminos. Desde luego sin duda alguna la amistad es la que queda sana y salva.

Ricardo Cortez, William Collier y Anna Bennet son los intérpretes de este film.

* * *

El Revellón trágico. — Es un film en que Charles Morton y Mary Astor representan los roles principales. El escenario, algo confuso en general, habiendo, sin embargo, dos o tres escenas buenisimas. Charles Morton está bien, y Mary Astor está sencillamente muy bien.

* * *

El teniente de la Reina. — Un film interpretado por Ivan Petrovich y Agnes Esteharzy.

Habrá que advertir a Petrovich que no tome por norma imitar fielmente a Mousjoukine, que es lo que en este film ha hecho continuamente. Agnes Esteharzy está bien, con una interpretación que se ve sumamente cuidada.

EL CORRESPONSAL
DE HOLLYWOOD

CHIP

ARGUMENTO DE PELICULAS

(Continuación)

La Señora Embajador

EN la estación todos se apresuran a saludar al marqués de Ribet Thalassa, y el cortejo que lo rodea demuestra que se está esperando a los embajadores con todo honor. ¡Pero el rápido se hace esperar! A lo lejos se percibe, al fin, su silueta pesada y oscura. Se acerca y el marqués puede ver, desolado, que sólo hay un vagón de primera.

—¡Los embajadores habrán viajado juntos! ¡Qué falta de protocolo!

Pero no le queda tiempo para lamentarse. Dos hombres hajan ligeros. El uno, militar de uniforme, y el otro en civil. El marqués se dirige al embajador, mientras la orquesta toca la marcha de Silestria.

—Por orden de Su Alteza, señor embajador...

—¡Perdone! —interrumpe el militar.—El embajador es el señor... ¡Yo soy su ordenanza!

Confuso por su enorme falta de etiqueta, el marqués se vuelve al muchacho que va de civil y le dirige su pequeño discurso. Se equivocó en su turbación dos veces, pero pronto el conde de Geza lo tranquiliza; es un hombre encantador.

—Los coches están a punto, señor embajador... Dentro de una hora, si lo desea, Su Alteza lo recibirá.

El conde se inclina. Tiene veinticinco años apenas, bailarín perfecto, «snob» adulado de la corte de Iliria, tiene prisa de terminar con la misión que lo aleja de la capital. Y, además, es cosa fácil el comprar un islote que el capricho de una soberana desea vender.

—Señor Marqués—responde—, dentro de una hora estaré a los pies de Su Alteza.

En una hora...
Dentro de una hora, el conde, con su uniforme de gala, se presenta a Palacio y a los pies de Su Alteza...

Pero, imaginando una vieja fea... se queda atónico al ver a la bonita y joven princesa. Tanto, que por un

Tanto más cuanto el embajador de momento se olvida de saludar, lo que ofusca extraordinariamente al gran canciller. Pero pronto la etiqueta renace y el conde se inclina tres veces.

—Dígnese, Alteza, el examinar las credenciales del conde Geza, enviado plenipotenciario de Iliria.

—¡Basta!—dice la princesa, dando una ojeada a los papeles que le tiende su canciller.

Devuelve el papel inútil y graciosa añade:

—Señor embajador, sed bienvenido entre nosotros... Deseo sinceramente que un acuerdo surja entre nosotros y que ello acerque más nuestros países.

Sonríe al joven, que saluda respetuosamente, pero ella le tiende francamente la mano a la americana.

—Conoce usted el islote?

—Su Alteza me perdonará; pero nunca le he visitado.

—¡Entonces tendrá usted el deber de recorrerlo conmigo! Tengo que hacerlos admirar sus bellezas... Bajo el signo de los lirios rojos, son tierras que florecen espléndidas...

—¡Bajo el signo de los lirios rojos? —pregunta curioso el embajador.

—¡Cómo!—se asombra la princesa.—

¿Ignora usted que los lirios rojos son mi emblema y en cierto modo el emblema de Silestria? Los llevo bordados hasta en mis echarpes...

El amable embajador se inclina de nuevo, sonriendo. Le gusta más hablar de flores fetiches con la encantadora princesa, que de islotes y tierras a vender.

Conquistado, encantado, el conde lo confiesa después al canciller, que lo acompaña.

—La princesa es encantadora... ¡Oh, si todas las cabezas coronadas fuesen como ella! La diplomacia sería sencillamente un encanto.

—Sería un juego—confirma el canciller—. Además, nunca he visto a Su Alteza tan amable. Permítame que le felicite, pues usted obtendrá el islote.

Turquesia no me parece tenga mucha prisa.

En esto el buen canciller cometía un gran error. Puede estarse muy apresurado y al mismo tiempo... estar muy retrasado.

En un camino vecino sobre la carretera que conducía directamente de Turquesia a Silestria, un auto que llevaba buena marcha se paró de repente. ¿Parada voluntaria? Con sólo ver la frente pensativa del conductor habríase visto que era vulgar panne.

Apenas parado el coche, el chófer salta ágil.

Pero entonces puede verse que se trata de una gentil «chauffeuse». Y es de las más lindas que puedan haber en el mundo. Bajo la línea curva de la frente, los ojos brillan espléndidos, la boca es pícaro...; toda ella respira alegría y belleza.

¡Panne!—murmura la joven, pensativa.—¡Sería bonito! ¿Pero qué clase de panne puede ser?

Contempla el motor, indecisa; a decir verdad, no sabe de qué dolencia aqueja su auto.

De repente exclama:

—¡Debe faltar, quizás, bencina!

Rápidamente mira bien, y se convence de su desgracia.

La causa de que el coche se haya parado en medio del campo, es porque no hay ni una gota de bencina.

—¡Es la panne más grave de todas!

La joven enfadada se echa a reír burlona:

—Precioso... ¡Qué voy a hacer ahora! ¿Dormir en pleno campo?

Como para responder a esta angustiosa pregunta, una carreta se acerca lentamente. La más modesta de las carretas. Dos bueyes la arrastran, conducidos por un viejo campesino.

La bonita conductora de auto se acerca a él y pregunta:

—Decidme, buen hombre..., ¿estoy muy lejos de la ciudad?

CHIP

(Continuará.)

Las acciones dicen más que las palabras. A un genio se le conoce por sus acciones.

El "ballet" ruso resultaría nulo sin la acción—aunque uno pudiese ser perdonado al creer a los que lo representan con las facultades algo turbadas, especialmente en representaciones como "La Casa de los Locos".

¿Pero de qué estoy hablando? Procuro llevar el pensamiento a mi fin.

Los artistas de cine pretenden que un genio no puede tener nunca el carácter ordinario y ha de aparecer ante las gentes como algo excéntrico, a la manera de los que sobresalían en la antigüedad y se creían poseídos por el diablo.

John Barrymore, por ejemplo, en "El doctor Jekyll y el Sr. Hyde", ha hecho creer al público que era un demente al representar el último papel.

Los Barrymore, Ethel, Lionel y John, son los Barrymore tal como todo el mundo conoce. En la representación de Edna Ferber "La familia real", dícese que quedan descritos "en familia". Sea cierto o falso, el título es bueno. Un rey no pudo hacer nunca nada mal hecho y fueren cuales fuesen sus acciones peculiares, continuó siempre siendo rey.

Así también pudiera decirse: "John no puede hacer nada mal hecho", y estoy seguro de que John cree en su propio acierto.

En cierta ocasión, en un restaurante de Pasadena, Barrymore y su novia de entonces, Dolores, su hermana Helene y un amigo, se disponían una noche a ir a cenar, cuando hallaron el comedor del hotel cerrado.

Llamando fuertemente con la palma de la mano, exclamó: "¿No saben ustedes quién soy?", con la voz de Hamlet y antes de que el dependiente sorprendido pudiese contestar: "El Príncipe de Dinamarca", "Soy John Barrymore—dijo—y quiero cenar aquí esta noche".

Si hubiese dicho: "Soy el ángel Gabriel con tres compañeros celestes", no hubiera sido recibido con más acatamiento servil. La puerta del comedor fue abierta inmediatamente de par en par y se le sirvió la cena que exigía imperiosamente.

¿Y qué diremos de su gusto, al parecer, difícil?

Al presentarle un plato exquisito y preguntarle si le agrada, contesta frecuentemente con un "psé!" de displiencia. Sin embargo, Barrymore no es un "gourmet" refinado, sino muy al contrario, la afición de su paladar tiende al ajo y al aceite de oliva.

Cuando una persona ordinaria compra una prenda de vestir, procura no echarla a perder para que se conserve nueva, pero no lo hace así Barrymore.

En cierta ocasión adquirió una chaqueta de pelo de camello de mucho precio y como no le gustaba su aspecto de prenda nueva, fué a un garaje, la echó al suelo y la estuvo pisoteando entre la grasa de los vehículos para darle un aspecto de usada. Cualquier otra persona de buen sentido natural no lo hubiera hecho, pero como diría el gran Goudal: "Para los genios no hay nada imposible!".

Un día hallé a David Newell, al que vi solo un momento, pero aun parece

Sus acciones dicen más que sus palabras

por WILLIAM H. Mac KEGG



que le estoy oyendo exclamar: "¿Por quién me toma usted? Soy David Newell, contratado por la Paramount y primer actor para Clara Bow".

Juzgúe siempre a Ramón Novarro como un extremo versátil a quien muchos admiradores le clasifican entre los "genios". Admito que realmente este inteligente mejicano tiene algo de verdadero genio. Se me antoja un alma en busca de un elevado misticismo y al mismo tiempo de la aclamación teatral.

"Ramón acostumbraba a ser un gran filósofo escribiendo verdades de la vida", murmuraba una joven artista en cierta ocasión, como si rezara un "Ave" mientras sonreía como en sueños.

Se me ha dicho que Novarro no se siente satisfecho con su fama en el cine y aspira al éxito como cantante, pero cuando le oí en "El Pagano", pareció que tiene pocas probabilidades para lograr su triunfo en la ópera.

Su carácter es algo particular. Entre reliquias religiosas, altares, candelabros y la paz de su hogar, Novarro tiene también su Teatro Intimo, en el que escenifica sus diversiones, cantos y danzas, mezcla incongruente de religión y de vida alegre.

Sin embargo, Santa Agustina patrocinaba los teatros de Roma. ¿Es quizá Novarro una reencarnación de Santa Agustina? Vive retirado como huésped del mundo, pero aspira emolumentos de la fama. La religión y su actuación en la escena son los dos factores principales de su vida.

Sea como fuere, Ramón Novarro no es una persona vulgar.

Buscando el pretendido genio fui a ver a Jetta Goudal, pues presentí que mi visita no sería estéril.

Con el aspecto de Cleopatra y hablando como Hipatia, Jetta dijo:

—No se puede comparar un artista con una persona corriente. No hay comparación mental posible. Un artista o un genio no pueden ser normales.

La Goudal cerró sus ojos enigmáticos y dejó caer sus manos con negligencia, y al cabo de un momento volvió a abrir sus párpados y añadió, como el que se ha dado tiempo de reflexionar algo importante:

—Un pintor no ve flores, árboles y colores del modo que los ve una persona ordinaria. Un artista ve, oye y siente las cosas con una percepción mucho más intensa y espiritual que un contemplador vulgar.

Jetta ha sido muy discutida y ha merecido distintos calificativos de sus antagonistas. Su temperamento, no obstante, tiene mucho de extraordinario y difiere inmensamente del vulgo, como ha hecho notar la escritora Jeanne Eagles, gran admiradora suya.

Jetta pone una gran parte de su propia personalidad en los papeles que representa y sólo le subleva ver que las cosas van contra sus principios.

Charlie Chaplin es un genio y obra como tal. ¿Qué es lo que no hace Charlie! Al recibir visitas se pone con la mayor naturalidad a hacer funcionar la gramola o la radio dirigiendo con tal gesto la orquesta invisible. Si adoptase yo semejante actitud en presencia de los que vienen a verme, estoy seguro que mis visitantes no volverían nunca más.

Pero Charlie es un genio.

A veces se halla poseído por una risa loca y otras pronuncia discursos a un auditorio imaginario. Pero súbitamente pasa de su extrema alegría a la más profunda tristeza y busca entonces la soledad, donde parece hallar consuelo a sus pesares.

Charlie no es un "poseur" y estoy convencido que expresa sinceramente lo que siente.

¿Le sería posible al lector soportar las extravagancias de Charlie?

¿No? En este caso es que no tiene compasión por los sentimientos de un genio.

Una de las actitudes peculiares de un genio de "descubrir su alma al mundo". Y aludo a los que son verdaderamente genios.

John Gilbert, por ejemplo.

John puede ser comparado de cierto modo a Barrymore.

Su vida y sus amores han sido descritos de un modo franco por él mismo. John no tiene carácter evasivo.

Su episodio amoroso con Greta Garbo llegó a ser un episodio nacional. El asunto Gilbert-Garbo deslumbró al mundo y obtuvo más reclame que la señora Curie por haber descubierto el radium.

La novela de Don Ryan "El vuelo del ángel", está basada en el carácter de Gilbert.

John tiene sus defectos y ha cometido sus pecadillos, pero se le puede perdonar porque es un genio.

¿Puede uno sentirse feliz de vivir en compañía de un genio? Yo, en verdad, no lo quisiera.

Una noche en que íbamos en auto hacia la playa con Eddie Nugent, oí las interesantes ideas y deseos de éste y entre las cuales figuraba como anhelo principal poder dirigir una orquesta y afirmaba que su monomanía era tal, que cuando escuchaba la radio, hallándose solo, se volvía a veces mirando atrás convencido que era él el que dirigía el concierto. Pero Eddie no es como Chaplin y si algún día llega a ser un genio, será él el último que se enterará de ello. Su carácter es demasiado regular.

Antes de emprender nuestra excursión nocturna, me pareció que me sería necesario un abrigo para ir en auto durante la noche. Eddie fué en busca de la prenda que me precisaba y me trajo un abrigo de muy ridículo aspecto que había utilizado para representar uno de sus papeles en una película. Pero ¿creerá alguien que sentí renuencia al ponerme tan extravagante chaquetón? Muy al contrario, me lo puse gustoso, pues pensé que si bien su aspecto era risible, al verme llevar tan impropio modelo me tomarían por un genio.

Declaro sinceramente que me abstendría perfectamente de la compañía de los grandes para pasar una tarde con el joven Nugent, que tiene mucho talento, pero obra con la naturalidad de la más ordinaria de las personas.

Chismografías de los Estudios

LORIA Swanson, después de diez fanfarrones y felices días en Nueva York, se trasladó a su cabina a bordo del "Olimpic", en el que debe zarpar hacia Europa, acompañada de todos sus admiradores. En las prisas de la marcha, y examinando los regalos recibidos, Gloria notó una caja muy costosa, lujosamente envuelta y con espléndidos lazos.

Mandó a un camarero que la abriera. La caja encerraba un magnífico ramo de laurel; entre las verdes hojas se ocultaba una ancha y enmohecida botella de whisky, con sellos de fantasía y en la etiqueta ponía: "Bethlehem Rye. Veinte años de viejo".

—¡Hurra!—exclamó la artista—. Lo preciso para beber por un feliz viaje. ¡Abranlo inmediatamente!

Todos los presentes admiraron la botella.

Gloria misma descorchó la botella, pero al inclinarla sobre su copa no cayó líquido alguno. Es decir, que no estaba vacía, por la sencilla razón de que nunca había estado llena. Profunda risa sacudió a todos los presentes. Gloria estaba absolutamente admirada. Ni siquiera pidió la tarjeta que acompañaba el regalo, para saber el nombre del brillante bromista.

Algunos momentos después, seca en palabras y con mirada triste, Gloria estrechó la mano de todos sus admiradores, y éstos abandonaron el barco, que iba a marchar.

Y cuando el barco estuvo mar adentro, pudo verse cómo una botella negra vacilaba sobre las olas hasta hundirse definitivamente en el Océano.

Lon Chaney parece haber cambiado de opinión en la contestación que dió a la proposición de hacer talkies.

—Yo no he dicho nunca que me negaría a hacer una talkie—dijo Lon recientemente—. Yo simplemente dije que no las haría mientras los aparatos no estuviesen perfeccionados.

Con lo cual queda zanjada definitivamente la cuestión del hombre de las mil caras y una sola voz.

Charlie Rashful Ray, uno de los mejores directores de vaudeville en América, cuenta muy humorísticamente un episodio sucedido últimamente. Una madre fué con su hijo para presentárselo, y porque quería que fuera actor.

—¿Y por qué cree usted que su hijo sirve para actor?—preguntó Charlie—. ¿Será porque se levanta a las doce de la mañana?

—No, contestó la madre. Sencillamente porque pasa una semana entera sin comer... y esto sin novedad de ninguna clase.

Dolores del Río parece haber hallado gran cantidad de admiradores en su reciente viaje. En Pittsburg cautivó a

Teddy Joyce, un guapo y popular maestro de ceremonias. Parece que mientras Dolores estaba haciendo la gran tournée vió las prodigalidades de Mr. Joyce y sucumbió a sus encantos, con el terror, a no dudarlo, de librarse quizás de todos los millonarios de la ciudad del hierro.

Esto, naturalmente, significa dejar en el aire su flirteo con Roland Drew. Este, que era periodista muy atareado, pareció haber hallado un caso en Dolores del Río, y lo mejor fué que pronto el afecto fué mutuo por algún tiempo. En este preciso momento ha aparecido Mr. Joyce con sus aires de niño pera, y parece ser el que de momento sea el preferido, mientras mister Drew pasa directamente a la puerta.

Lillian Gish está de vuelta en Nueva York después de su larga estancia en el extranjero, esperando filmar "El Cisne". Vive en un hotel de una quieta calle, yendo al teatro ahora, como siempre, con Mr. Jorge Juan Mathan, que parece ser un devoto admirador, como siempre. Fué muy notado que Lillian volvió en el mismo vapor que el antiguo conocido jorobado Carlos Duell, poniendo Lillian toda su picardía en evitarlo, y oír de nuevo su cantinela.

Su madre, Mey Gish, se hallaba entonces en Londres, bien atendida por su hermana Dorothy. La salud de Lillian parece haber mejorado muchísimo, pues como deben ustedes saber había estado algo mala. Dorothy, su hermana, acaba de tener un éxito en Londres, donde tiene más suerte que en América. En Londres ha hecho Dorothy su mejor película, y el público inglés la adora. En Londres tiene ella sus amores e ideales!

La pobre pareja de Mr. y Mrs. Chevalier, cuando en Hollywood tuvieron la desgracia de caer en la casa de los más legendarios amantes de Hollywood.

La pareja fué huésped por unos días de Joan Crawford y Douglas Fairbanks, junior; cenaron juntos y Doug se encontró al lado de la señora Chevalier. Al no ver a Joan a su lado, cambió de sitio rápidamente para estar cerca de su mujer.

La francesa madame Chevalier se encogió de hombros y dijo:

—¡Ah! ¿Esto es americano?...

Parece que pronto Claire Windsor será familiar del vicepresidente Carl Curtis. No sabemos todavía lo que resultará de ello, pero podemos hacer constar que entre los dos se desarrolla la novela más romántica y apasionada.

Es interesante y chistoso lo que ocurre con motivo del dúo Clara Bow

y Harry Richman. La caballera roja de Clara se puso de punta cuanto se la enteró de que los deportistas del Boild de Nueva York y de Hollywood hacían apuestas de doce contra uno de que dicho matrimonio no sería un hecho. Clara no se afectó tanto por el hecho en sí, como porque se hayan originado apuestas sobre una cosa tan íntima como es un casamiento.

Después, un avisado repórter escribió una historia, según la cual Harry Richman había hecho proposiciones a otras artistas antes de Clara Bow. El mismo repórter fué a solicitar de estas artistas una historia uniendo sus nombres con los de Harry Richman.

Tal artículo llegaba a decir que la digna y tranquila Greta había sido consultada, cosa que, conociendo las maneras de dicha artista, resulta lo más cómico del mundo. Imagínense a la rubia y fría Greta permitiendo tal cosa! Naturalmente se comenta que el atrevido repórter fué despedido con el grito al cielo, fuera de la casa de Greta, con la cara y el traje en muy mal estado. Y todavía las apuestas continúan de doce a uno, con seguridad de todos modos que el viejo chismoso de Cal, el periodista de los estudios, en cotizará en alza con la perspectiva de ganar una apuesta que él cree segura.

La bella Ina Claire está todavía encontrando nuevos preguntones acerca de cómo prueba su boda con Gilbert. El viejo Cal prometió que cuando iría ella a Nueva York ocuparía todas las portadas de los periódicos; pero no fué así, sino que los periodistas, en vez de ocuparse de ella, no cesaron de hacerle preguntas sobre la bella y divina, según palabras de los repórteres, Greta Garbo.

Naturalmente, lo cual fué tan oportuno, que fué tan bien recibido como lo es un caso de difteria.

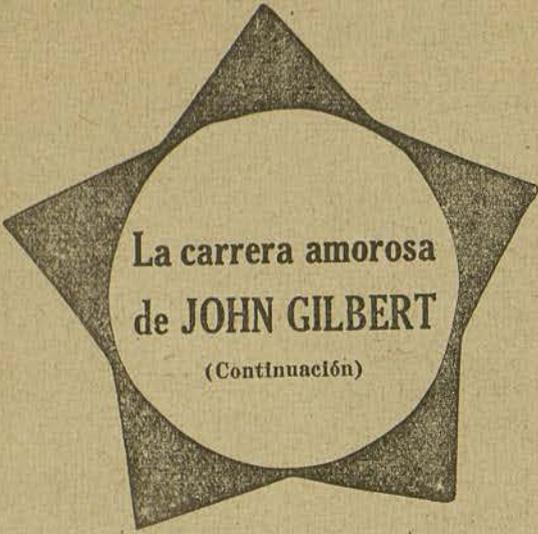
Para colmo, mientras estuvieron en París, Gilbert no podía asomar la cabeza fuera sin que estuviere rodeado de cincuenta mujeres admiradoras. E Ina aparecía siempre insignificante a su lado, como una admiradora más.

Felizmente después, su película "La verdad imponente", entre fotografías y reportajes y dinero, la compensó de las amarguras de ser esposa del mímico del mundo.

Finalmente parece que la gentilísima artista de la Fox, la bella Janet Gaynor, se acaba de casar con un distinguido abogado californiano, y que están haciendo actualmente su viaje de novios.

Janet declara que está encantada, y, en efecto, las fotografías recientes de esta artista lo muestran en su gentil carita que rebosa satisfacción.

EL CORRESPONSAL
DE HOLLYWOOD



La carrera amorosa de JOHN GILBERT

(Continuación)

TIEMPOS GRISES

PERÍODO triste, pocos negocios. Ningún provecho. John componía pequeños poemas que los editores aceptaban y no publicaban. Después de unas semanas de trabajo en un Estudio, nada absolutamente durante cinco o seis semanas. Robert Brunton lo contrató para hacer un pequeño role al lado de Luisa Glaun. Un role que todavía más pequeño lo hacía una jovencita muy morena que figuraba como hermana de John; su salario era de cinco dólares, pagados solamente los días que trabajaba.

Durante un ensayo, la jovencita tenía que estrechar en sus brazos a Gilbert, y lo hizo tan violentamente, que las mangas de la chaqueta de John se encontraron llenas de la grasa blanca con que embadurnaba sus manos, cara y brazos la jovencita morena. Gilbert se enfadó de una manera tan brusca, que la jovencita se echó a llorar. Tan bien lo hizo, que acabó aquel por consolarla y enseñarle cómo debía de maquillarse. La jovencita se llamaba Leatrice Joy y tenía que volver a encontrar un año después al impetuoso y guapo muchacho.

Después siguió otra serie desesperante. Gilbert quiso marchar a la guerra, pero la marina no quiso aceptarlo por su estatura, y la lista de la aviación estaba completa del todo. Otra lista empezó a llenarse y Gilbert partió para Hollywood, a fin de empezar el servicio militar. Allí un productor le propuso un role para su próximo film, con la facilidad de filmar las horas de libertad. Aquella noche fué a cenar a un restaurant para festejar la vuelta de la suerte.

PRIMER ANILLO

Verdaderamente—cuenta John—, lo encontraba todo delicioso: Las flores, la terraza donde bailábamos. Había muchas chicas bonitas y en seguida

me fijé en una que tenía una risa bruja. Se llamaba Olivia.

Venía de Missisipi con su madre. Toda la noche estuvimos juntos. Al día siguiente la fuí a buscar para ir al cine. La tarde misma estaba dispuesto a romper mi contrata con el productor para salir con ella.

Un mes después estábamos casados. La semana que siguió a nuestro casamiento, la gripe disolvía las compañías de cine. Tenía veinticuatro años, una mujer y nada de dinero. Olivia no comprendía nuestra situación y yo corría como un loco de estudio en estudio. No podía obtener de ninguna manera un role. ¡Demasiado grueso! ¡Demasiado delgado! ¡Demasiado bajo! ¡Demasiado pequeño! ¡Demasiada desgracia!, pensaba yo.

Ante tanto fracaso, la madre de Olivia llamó a su hija cerca de ella. Su billete para Missisipi se llevó mis últimos dólares. Tenía mis bolsillos y mi casa desiertos del todo. Entonces encontré a Sessue Hayakawa, que me proporcionó un role. El japonés me trajo la deseada suerte, pues desde entonces no he dejado de filmar.

Yo escribía a Olivia, quien me contestaba cartas llenas de cosas indiferentes. No teníamos nada más que decirnos. Desde entonces volví a ser fuerte, solo y libre.

EL GRAN ENCUENTRO

Libre, joven y guapo, eran las tres fuerzas que Gilbert tenía a su disposición, cuando Maurice Tourneur le propuso filmar para él sólo. Firmó una contrata de dos años con el Francés.

—Nunca había sido tan feliz—declara Gilbert—. Trabajaba dieciocho horas por día, y nada me gustaba tanto como mi trabajo.

¿Nada? Un día Maurice le presentó una mujer de zarcos ojos y de sonrisa deliciosa. El reconoció con estu-

por a su «hermana» de un film que le había manchado su traje con grasa blanca. El encuentro fué dichoso, y lo celebraron en un restaurant, por la noche.

LA MULTIPLICACION DE LOS DOLARES

Los negocios iban perfectamente; estaba a punto de obtener el divorcio de Olivia, y Leatrice, después de dos meses de noviazgo, se decidía a entrar en la aventurada carrera del matrimonio. Un multimillonario, Jules Brulatour, que cotizaba los films y era socio de Tourneur, llegó al final del contrato cuando el realizador francés estaba decidido a obrar por cuenta propia. Y Brulatour se encontró en una situación crítica: su novia que deseaba hacer cine, Hope Hampton, y el deseo de Tourneur de realizar por su cuenta, y el de Hope, de realizar por su cuenta también.

Todo se arregló, Tourneur aceptó dirigir dos films, Gilbert aceptó escribirlos y Hope aceptó por maestro al irresistible John. Los resultados fueron tales, que Brulatour le hizo proposiciones tentadoras.

John, de momento, rehusó, y luego aceptó. El nuevo contrato era espléndido. Diez por ciento de beneficios el primer año, cincuenta por ciento los otros cinco años. Films escritos para Hope y todo dirigido por Gilbert.

Un astro de primera magnitud acababa de levantarse en el cielo cinematográfico.

UNA NUBE EN EL CIELO AZUL

La situación, aunque maravillosa, imponía grandes exigencias. El trabajo intensivo de Gilbert le trajo un «surmenage» que hizo su estancia en el Este imposible. Además, estaba terriblemente enamorado de Leatrice, que filmaba en California. La separación era cruel y los cinco días de ferrocarril que separaban a los dos amantes no hacían las aproximaciones fáciles.

Por otra parte, Hope pedía a su director continuamente escenarios nuevos. Quiso obtener quince días de vacaciones para ir a Hollywood y no los obtuvo.

—Habría vendido mi alma al diablo para estar con Leatrice. Estaba exasperado. Un día, durante una discusión, rompí mi contrata y la eché a la cara del director.

¡Estaba libre! Me costaba caro, pero podía reunirme con mi amada.

John partió inmediatamente para Hollywood. Allí pasó la semana más maravillosa de su vida. Después supo que Brulatour, el mismo día en que había roto la contrata en su cólera, había consultado a un abogado para comprar la contrata a John por diez mil dólares.

Gilbert había perdido, pues, por su culpa más de cincuenta mil pesetas.

JOHN GILBERT

(Continuará.)

¡Hay que afearse, señores!

QUE es lo que cuida más un joven actor? Seguramente es su físico. Un joven actor, con roles de enamorado o bien con roles de joven elegante, siempre gusta por alguna particularidad suya. Los ojos, la boca, el cabello, la figura, etc.

Por lo mismo hay que imaginar que una arruga, una calvicie son catastróficas es un joven actor de cine. ¿Cómo explicar, pues, los trabajos que pasan los infelices managers cuando se trata de afearse, porque el role lo exige, a un joven actor seguramente pagado de su figura o de su rostro, que por razones puramente (?) profesionales cuidan tanto como pueda hacerlo una mujer?

Generalmente si son actores de poca categoría no quieren de ninguna manera consentir a estropear su físico y aparecer o sucjos o desaliñados. No sucede lo mismo cuando se trata de primeros artistas. Estos están convencidos, y con muy buen acuerdo, que la primera cualidad de un actor tiene que ser el poseer el sentido del arte y trabajar bien; por esto vemos que artistas de categoría acceder a presentarse en la pantalla en forma tal, que la más fiel de sus admiradoras no quisieran ni mirarlo. ¡Pero a ellos poquísimo les importa! Lo esencial es que el film no tenga defecto alguno. Y vemos a un Ronald Colman como deja crecer tan perfectamente su barba y uñas durante un mes, para poder filmar luego con toda realidad y propiedad. Esto significa, por parte de los actores, un esfuerzo más que loable. Tenemos a Jacques Catelain que para filmar «Noches de príncipe» ha accedido a tomar un aspecto de joven enfermizo, que lo hace mil veces más interesante que sus caras bonitas y su aspecto de gentleman impecable, aspecto que, al fin y al cabo, es bien sencillo de adquirir y que no cuesta esfuerzo alguno, más que el de vestir utilizando un buen sastre.

Ramón Novarro, en numerosos films, ha consentido el alterar la armonía de su pequeña silueta perfecta, para adaptarse fielmente a la silueta que exigía su film.

Como éstos, vemos a una serie de buenos artistas que hacen exactamente igual. Con lo que podemos deducir que hay más mérito en afearse en la pantalla que en ser guapos muchachos, cosa corriente..., demasiado corriente.

CHIP



EL INTERVIU SEMANAL

ESTA semana son varios. Son tres o cuatro intervius a la vez. Naturalmente, aquí la norma nuestra es no perder tiempo ni hacerlo perder, ¿cuánto mejor aplicada estará que haciendo una interviu en la que pueda hablar a la vez con Clarita Bow, Harry Richman, Olga Balcánova y Gary Cooper?

Naturalmente, extrañará el secreto de haber podido sorprender a cuatro artistas, es decir, tres, el uno artista consorte, ¿para hablar con los tres?

Pues es muy sencillo. Sabemos que Clarita Bow ha convidado a tomar el té a su novio y a Olga y Gary. Nos dicen que en su casita de Beverly Hills. Pues hacia allí nos vamos.

Entramos en un parque pequeño, pero cuidado extremadamente, al punto que da gusto verlo con sus flores, sus fuentes y sus estatuas cubiertas de rosas.

Clara Bow tiene un empeño especial en poseer un bello jardín y lo ha obtenido. Están tomando el té los cuatro amigos bajo una veranda lindísima, también orgullo justificado de Clarita. Esta preside su mesa con su gracia fina y algo picaresca. A su lado observamos como el infeliz Harry la devora con miradas admirativas.

Olga y Gary están entregados a la ardua tarea de devorar unas tostadas con una confitura que está hecha por la misma Clara en persona.

Nos recibe alegremente. Nos invita a tomar el té. Y luego charla alegremente moviendo su cabellera roja, que maltrata terriblemente con sus manecitas rosadas.

—¡Bien..., viejo amigo! Has hecho perfectamente en venir. Estamos determinando un asunto del que depende la tranquilidad de Hollywood.

—¿De qué se trata, Clarita?

Esta se echa a reír, se vuelve hacia su novio y dice con gran misterio:

—De la fecha de la boda.

Del tiro, ceso de saborear la confitura de Clarita para escucharla atentamente.

—Cuenta..., cuenta.

—¡Ah, viejo curioso! No puede saberse todavía. Nada está definitivamente decidido... Lo sabrá en breve.

Suspiré con desaliento. Contaba publicar algo sensacional en mi interviu y tengo que contentarme con las carcajadas burlonas de Olga y Clara.

Me vuelvo hacia la primera esperanzado:

—Y usted, pequeña Olga, ¿qué cuenta? ¿Qué está usted preparando de nuevo? ¿Cómo van los films sonoros?

Olga contesta hablando lentamente, como si midiera las palabras:

—Estoy estudiando todavía el inglés, para perfeccionarlo mejor; de todos modos, he empezado ya y no resulta del todo mal...

—¿Sabes?—interrumpe Clara.—Es maravilloso lo bonito que hace el acento extranjero ante el micrófono. Greta Garbo ha filmado ya una película sonora, cuyo mayor éxito será, sin duda, el exótico acento de Greta.

—Bien—comenta Gary, que hasta ahora ha estado callado—; no dudo de que sea algo maravilloso; pero confieso que prefiero mucho tener un buen acento inglés... Da menos trabajo para convencer a los directores.

Todos nos reímos de la salida de Gary. Este continúa:

—Además de qué a Greta Garbo se le perdonará todo con tal de continúe filmando...; pero no hay muchas Gretas en Hollywood.

—No hay duda—sugiere conciliado—

—No hay duda—sugiere conciliador Harry—; pero, de todos modos,

—¿Quién? ¿Greta?—pregunta rápida y maliciosa Clara.

Harry Richman contesta con una mirada que nos edifica sobre su cariño vehemente hacia la linda pelirroja.

—Y usted, Gary, ¿cuál ha sido su última película?

—«The Virginian»..., un film del cual estoy bastante contento y que...

—Bien—interrumpo yo—, ¿y de Lupita? ¿De Lupe Vélez, qué hay?

—Por ahora... todo sigue perfectamente... Ella y yo nos queremos para siempre.

—Es decir—comenta Olga—, para siempre... hasta que uno de los dos se cansa.

Gary hace un gesto para protestar, pero luego se encoge de hombros, desdenando discutir siquiera.

—¿Y tú, Clarita? ¿Qué haces en las talkies?

—Clarita hace papeles muy lindos... Mi último, «Curvas peligrosas», es un role en el cual hago de muchacha de circo. Ya verás cómo te gusta esta película.

—No lo dudo; todas las películas de Clarita son lindas.

Entonces Harry Richman se lleva a Clara, con riesgo de hacer faltar a ésta los deberes de la hospitalidad.

Gary y Olga entablan una aburrida discusión sobre micrófonos, sobre vestuarios...

—Bien Olga, no hay nada nuevo que decir...

—Diga que quiero casarme con un marqués..., que deseo una renta de treinta millones..., que ansío la turquesa del gran Kahn...

Y Olga se ríe con tanta gana, secundada por Gary, que me despidió para que cese la hilaridad que mi pobre profesión de reporter ha despertado en los dos famosos artistas.

EL CORRESPONSAL DE HOLLYWOOD

LO QUE SE GASTA EN EL MUNDO CINEMATOGRAFICO

PARECE que los artistas, desde cómo los vemos nosotros, infelices mortales, sean algo así como semidioses a los que nada de común une a nosotros. Algo de esto es, pero especialmente en lo que se refiere a gastar.

Con la seguridad de que ganan mucho, gastan enormemente y hay caprichos de las estrellas que bastarían para mantener una familia entera.

No es precisamente por ganas de reclame ni por deseos de epater, sino sencillamente porque les sobra dinero... ¿Qué haríamos nosotros en su lugar, amigos lectores? Creo que exactamente igual.

Los hay que gastan en colecciones de las cosas más inóditas e inverosímiles, otros que gastan sencillamente por cosas puramente personales, y los hay, en fin, que gastan enormidades en sastré y modista.

Tenemos a la gentilísima Norma Talmadge que sólo sabe dormir metida entre sábanas de satén de seda. Tiene una preciosa colección de ellas en rosa, blanco, azul, negro y lila, todas bordadas con su monograma en oro. Es el capricho de Norma, que en todo lo demás viste sencillamente respecto a lo que acostumbran las estrellas.

Hay artistas que gastan una fortuna sencillamente en el cuarto de baño, que tienen todo en mármol puro rosa y blanco, con adornos maravillosos, y que hacen de la sala de baño un verdadero museo de arte.

Otras artistas, como Greta Garbo, ponen todo su empeño en poseer un tocador espléndido, de puro estilo, que deslumbra sólo al verlo. Y realmente es bello imaginar a la deliciosa artista acudiendo a él por la mañana envuelta en su «saut de lit», que le cuesta al menos 100 dólares. Collen Moore, que está loca por las muñecas, y aunque sospechamos que a la gentil artista ya le ha pasado la edad de dicha diversión, ha mandado construir una casa de muñecas que es una verdadera preciosidad, habitada, naturalmente, por muñecas lindísimas. Pero todo esto le ha costado a la bella artista la friolera de 135.000 dólares!

Corinne Griffith, a la que sinceramente admiramos todos, tiene un precioso perill, por el que le pagan cada semana diez mil dólares. Desde luego, ¿a qué extrañar que el lujo más asiático reine en una casa donde se gana tan fabulosamente? Corinne tiene la manía de los manteles, de los cuales posee una colección maravillosa, y entre dicha colección tiene

uno por el que pagó diez mil dólares; es decir, el sueldo de una semana. Pero sospechamos que esto no desequilibró el «budget» admirable que debe tener Corinne.

¡Harold Lloyd! ¡Dios mío!, éste tiene un capricho que es quizás más útil a la humanidad... perruna. Tiene la manía de recoger todos los perros que encuentra en su vida, a más de una magnífica colección que posee, que constituye la admiración de cuantos han logrado verla.

De la manutención de sus jaurías, digámoslo así, paga dos mil dólares cada mes.

Marion Davies, que es una de las chicas del cine más mimadas por el público, gasta en una vez ocho mil dólares en trajes y zapatos y caprichos en general. Dos semanas después vuelve a gastar la misma cantidad. Y hay que advertir que, según nos dice Marion, es de las muchachas económicas que hay por allí.

Wallace Beery sueña con ser aviador, y esta bromita le cuesta la friolera de 45.000 dólares en un avión que se compró para él solo y que posee todos los adelantos posibles. Sin embargo, diremos que Beery es algo razonable, pues invierte casi todo su dinero en comprar terrenos hermosísimos, que le representan un sólido capital.

Bébe Daniels gasta todo lo que puede en perfumes exóticos, de los cuales tiene de verdadero precio. Evelyn Brent posee una colección por el estilo, que tiene encerrada en un mueble que le cuesta diez mil dólares.

Los regalos que recibió por su santo Estelle Taylor de su esposo, el terrible Dempsey, eran de un importe tal, que hubiera bastado para mantener tres familias pobres.

La habitación de vestirse de John Gilbert le costó la tontería de 25.000 dólares, es decir, lo suficiente para adornar toda una bella casa. Nos preguntamos: ¿de qué estaría empapelado y hecho este cuartito en cuestión?

Joan Crawford tiene, según las crónicas, 200 pares de zapatos. ¿Cómo lo hará para elegir la gentil artista? ¡Tenemos que confesar que tamaño trabajo no existe en nosotros! Nos queda el trabajo de elegir entre el único par que poseemos... o dejarlos.

Desde luego, vuelvo a repetir que todo esto es algo obligado y que no podemos reprochar hagan todas estas excentricidades... ¿De qué hablaríamos, sino, los infelices cronistas?...

CHIP

MIS MEMORIAS EN AMÉRICA

CUANDO fui contratado a Hollywood, mis directores tenían la intención de hacerme filmar películas mudas; pero la voga de las sonoras hizo que todo quedara en el aire. Yo tenía como partenaire en película muda a Dita Parlo, la cual ha vuelto a Europa, donde ha alcanzado grandes éxitos. Pero con el film sonoro tuvo que volverse a su país, como muchas artistas de fama de Hollywood.

Estuve cerca dos meses sin trabajar, primeramente porque mis directores estaban indecisos acerca del film sonoro. Pero las cosas se realizaron según gusto de todos y empecé a filmar la «Canción de París».

Este film fué presentado en una reunión privada, y confieso que la noche del estreno estaba muy preocupado, no sabiendo cómo se acogería mi film.

Tenía a Ivonne cogida de la mano y sentía cómo temblaba de emoción. Mis temores fueron vanos, porque los directores juzgaron el film bueno y me llenaron de elogios. Uno de ellos me dijo que tendría un éxito fantástico en los Estados Unidos. A pesar de mi duda, fué así, porque la crítica lo elogió tanto, que se llegó a decir que se me podía comparar al famoso «chansonnier» americano Al Jolson.

Para decir francamente mi opinión, creo que es exagerado y que mi primer film tiene bastantes deficiencias en mi trabajo. No estoy adaptado todavía bastante al film sonoro y a su nueva técnica. Cuando el público conozca mi segundo film, «El Príncipe consorte», espero que se reconocerá que es mejor que el primero y que trabajé con mucha más seguridad. El reparto de este film es sencillamente estupendo. Jeannette Mac Donald, Lupino Lane, Lilian Roth, Lionel Belmore y Eugen Pallette. Confieso que mi director, Ernest Lubitsch, es de los mejores directores que hay en el mundo y que a él se debe más que nada mi éxito en el film sonoro.

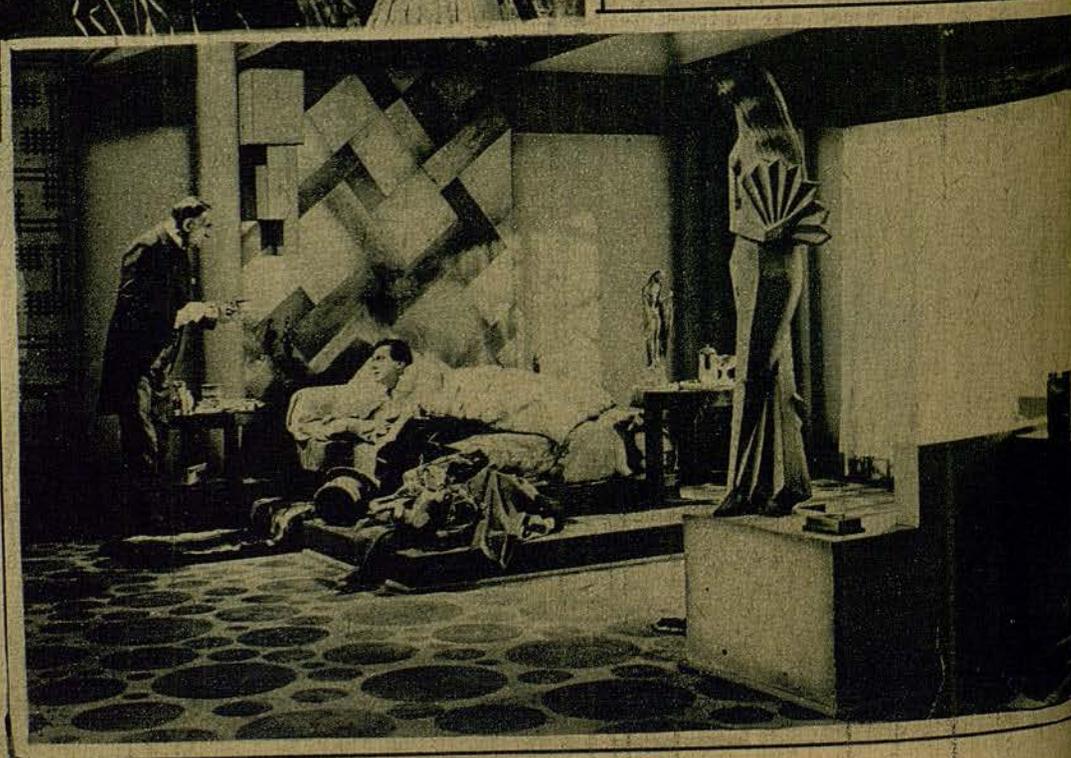
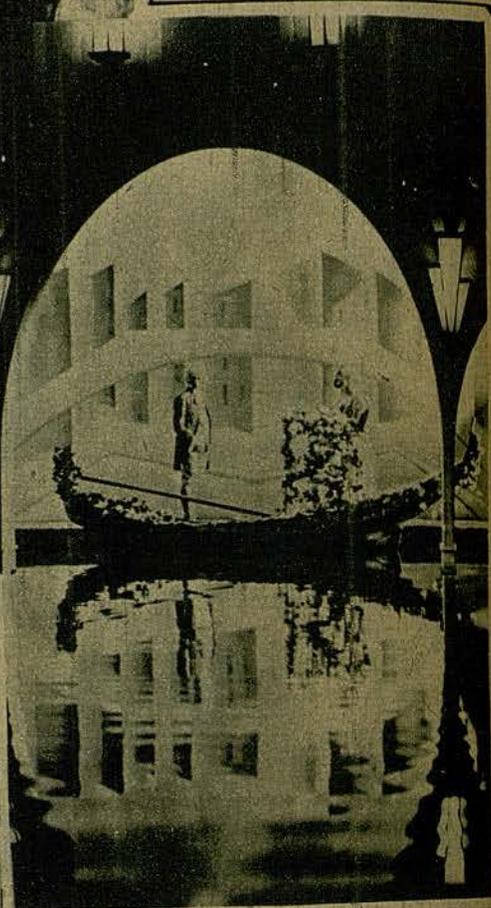
MAURICE CHEVALIER

(Continuará.)



La encantadora actriz Anita Page, se complace en revisar personalmente el voluminoso correo con que la inundan sus infinitos admiradores. Aparece aquí con su padre en su atractiva residencia de Hollywood

Mary Doran, la encantadora actriz, luce un bello abrigo de paño blanco, con cuello y puños de piel para protegerse contra las acechanzas de las tardes destempladas del otoño. Y, como siempre, está bellísima



Carmen Boni e Ivan Petrovitch, en diferentes escenas de «Barrio Latino», Selecciones Gaumont Diamante Azul, fuera de programa.

Portentosa obra maestra del arte mudo

Bella, m
die Mac
de la
sobre e
su be
finito-d
exqui
llosa lab
cen



Bella, muy bella, Addie Macphail, estrella de la Fox. Pero por sobre el encanto de su belleza—que es infinito—domina su arte exquisito, su maravillosa labor, que la hacen inimitable



¿Ingenua? ¿Vampiresa? Cualquiera lo averigua. El arte de Fifi Dorsay, hermosa estrella de la Fox, se adapta a todos los papeles y a todas las situaciones. Y la sugestión de su sonrisa, la hace, en todos ellos, admirable



He aquí a David Rollins, el notable actor cuyo arte tanto hemos celebrado. Su optimismo es contagioso y su sonrisa nos invita a tomar el mundo en broma. El celebrado actor de la Fox, tiene bien merecida la simpatía de que disfruta



Dorothy Mackail, no se contenta con ser bella—muy bella—ni con ser genial. Aspira a más. Quiere, nada menos, que lanzar la moda, desde su casita de Hollywood. Recientemente ha creado un modelo de pijama corto, que ha tenido gran aceptación. Dorothy Mackail, la gentil artista de la First, cuyas creaciones distribuyen Selecciones Verdaguer, va a resultar una peligrosa competidora para las modistas parisinas, si así se lo propone

Dos aspectos de Dorothy Mackail, con su nuevo modelo de pijama corto

